



IX

EL AMIGO Y LA QUERIDA

(Continuación)

El sentimiento de profunda alegría experimentado por Ely al tener la seguridad, en su cita con Pedro, del silencio de Olivier, no duró mucho tiempo. Conocía mucho á su antiguo amante para no comprender que aquello no era más que una momentánea suspensión de la amenaza siempre presente. Sabía lo que Olivier pensaba de ella, y el delirio de que aquel espíritu desdichado era capaz. El no podía, no, juzgarla ahora como la juzgaba en la época de sus amores, con la dureza, con el desprecio que tanto mal la había causado. Sabía que la intensa amistad que profesaba á Hautefeuille era inquieta y celosa. No. Olivier no la dejaría á su querido amigo sin habersele disputado, no ya juzgándola como la juzgaba, sino sólo por salvarle de su influencia. Además, su instinto la decía que, cuando aquel hombre supiese la verdad, despertaríanse en él sus más bajos, sus más feroces celos. ¿No había Ely contado con ellos al principio, cuando alimentaba proyectos de venganza, que ahora la producían vergüenza? Todas estas ideas se

presentaron á su imaginación momentos después de la marcha de Pedro. Como la vez primera, Ely le había acompañado hasta los umbrales de la casa, te- niéndole una mano cogida y dirigiéndole por entre los muebles del salón en la obscuridad, muy conmo- vida y orgullosa de no sentir temblar la mano del joven, indiferente al peligro. El aire libre de la noche la hizo estremecerse. Un último abrazo; sus bocas unidas en un ávido y postrer beso, el beso de todas las despedidas—siempre desgarrador cuando se ama de veras: ¡la desdicha viene tan presto!—, algunos minutos de espera escuchando el ruido de sus pasos en el desierto jardín, y Ely había regresado para en- contrar en su lecho solitario el lugar, frío ahora, donde su amante había descansado. Allí, en aquella melancolía repentina de la separación, su inteligencia se había despertado del sueño de olvido y de volup- tuosidad, prolongado durante aquellas últimas horas, y al volver al sentimiento de la realidad tuvo miedo.

Miedo muy vivo, pero corto. Ely era capaz, en acción, de vigorosas resoluciones, y en pensamiento, de esa energía que sabe darse cuenta del verdadero estado de la situación. Estas almas fuertes y lúcidas no se entregan á las fiebres de la imaginación enfer- miza, donde se esconde la debilidad. Ven claramente la proximidad del peligro. Tanto es así, que en lo más fuerte de su pasión naciente por Hautefeuille—su confianza á la señora de Brión daba fe de ello—, Ely había previsto, con una casi certeza, el choque de su amor contra la amistad de Olivier por Pedro. Pero esa realidad animosa hace que las dichas almas, al encontrarse frente al peligro, le midan. Hacen

constar con precisión la fuerza de la crisis porque atraviesan, y tienen energía para atreverse á esperar en momentos que parecen desesperados. Si; después de la marcha de Hautefeuille, al reclinar de nuevo su cabeza en la almohada, volvióle á Ely la horrible in- quietud de antes. Al levantarse al siguiente día, otra vez tenía confianza en el porvenir. ¡Esperaba! Espe- raba—por razones que veía ante sí, como su padre el General podía ver un terreno para el combate— de un modo preciso y claro. Esperaba en el amor que Olivier Du Prat debía sentir por su mujer. Ella misma había sentido rejuvenecerse su alma al contacto de otra alma joven, pura, recreándose en ella, sintiendo cómo ese contacto vuelve la fe en el bien, la magna- nidad de las acciones generosas, la nobleza de la caridad, como se borran los vergonzosos rencores y los sentimientos bajos. Olivier se había casado con una niña elegida por él, que le amaba sin duda, y á la que él amaba. ¿Por qué no había de sentir la in- fluencia de la juventud y de la pureza? Y entonces, ¿dónde encontraría la fuerza para causar daño á una mujer por la que había sufrido, á la que podría juz- gar de un modo severo é inicuo, pero en cuya actual sinceridad le sería preciso creer? Ely esperaba en la veracidad de su pasión por Pedro, en la evidencia que Olivier tendría de la dicha de su amigo. Se decía: «Pasado el primer movimiento de desconfianza, re- flexionará, indagará. Sabrá que no he tenido, respec- to á Pedro, ninguno de los defectos que en otra épo- ca me ha reprochado como crímenes: ni orgullo, ni ligereza, ni coquetería.» ¡Había sido tan sencilla, tan recta, tan honrada en aquel amor! Como todas las

personas que poseen un sentimiento muy completo, parecía imposible que no se reconociese la buena fe de su corazón. Además, Ely esperaba en el honor de ambos: primero en el de Pedro, que no solamente no hablaría, estaba segura de ello, sino que emplearía toda su fuerza para no dejar adivinar nada ni á su más íntimo amigo. Después, en el honor de Olivier: sabía lo escrupuloso que era en todas las cuestiones de delicadeza, lo avisado en sus frases, lo *gentleman*, en una palabra. Tampoco él hablaría. Pronunciar el nombre de una antigua querida cuando estas relaciones se han forjado y desanudado en el misterio, es faltar á un contrato tácito, tan sagrado como una palabra de honor. Es degradarse á sus propios ojos. Olivier se respetaba demasiado para cometer semejante falta, á no ser en una crisis loca de dolor. Y esta crisis no era de temer en las condiciones en que aparecía ahora, casado, feliz, después de meses y meses, dos años casi. No: Olivier no tendría aquella crisis de dolor, y, sobre todo, no querría que su amigo sufriera las consecuencias de ella. En fin—y ésta era la última razón en la que descansaba la esperanza de Ely, la más firme, la que indicaba también lo profundamente que conocía á Olivier—, hablar de ella á Pedro era poner una mujer entre los dos, corromper la serenidad ideal de su afecto, nunca empañado por nube alguna. Aunque no se respetara á sí mismo, Olivier respetaría esto. Tales eran las ideas con las que aquella desdichada mujer vivió el día que siguió á aquel en que las sospechas del joven tomaban cuerpo, y los indicios se acumulaban en torno suyo para condensarse en una absoluta cer-

teza, con la frase bien intencionada, pero irreparable, de Corancey.

Su razón le había dado á Ely de Carlsberg estos motivos para esperar. Su razón iba á arrancárselos uno á uno en el transcurso de la primera semana que siguió al regreso de Olivier, y esto sin que ella le encontrase una vez sola. Nada hubiera temido Ely tanto como encontrarse con él frente á frente; y, sin embargo, ¡cuánto hubiera preferido una explicación—la más violenta—á esta ausencia total de contacto, evidentemente intencionada por parte del joven, y que hasta pecaba de incorrecta! Un solo medio quedaba á Ely para saber la verdad: sus conversaciones con Hautefeuille. ¡Qué dolor en su dolor! ¡Qué angustia en su angustia! Unicamente por Pedro oyó hablar de Olivier en toda aquella semana. Por Pedro nada más asistió al drama moral que se representaba en el corazón de su antiguo amante. Encontraba Pedro muy natural comunicar á su querida confidente la inquietud que su amigo le producía, sin sospechar que los menores detalles revestían para ella una terrible significación. Cada una de sus conversaciones durante aquellos mortales ocho días, la hizo descender á las peligrosas profundidades del pensamiento de Olivier, y cada una le anunció la posibilidad primero, la proximidad después, de una catástrofe cierta. El primer golpe le recibió Ely al día siguiente de aquella comida en Monte-Carlo, cuando volvió á ver á Pedro, no en la intimidad de una cita nocturna, sino en el gran sarao que se celebró en su casa, y del que se habló en el tren. Pedro llegó tarde,

y cuando los salones estaban ya llenos de gente, á eso de las once.

—Mi amigo Olivier tiene la culpa de mi tardanza; ha insistido para retenerme—dijo como excusa á la señora de Carlsberg—. He llegado á creer que no me dejaría marchar.

—Querría guardarle á usted para él solo—respondió ella—. ¡Hace tanto tiempo que no le ha visto á usted!

Después, con el corazón palpitante, pues tal vez iba á saber si Du Prat, viendo que Pedro iba á su casa, había manifestado alguna repugnancia, añadió:

—Preciso es excusar su susceptibilidad de antiguo amigo.

—No es susceptible—respondió Pedro—. Sabe lo mucho que le quiero. No concluía de hablarme de él y de su matrimonio.

Y añadió tristemente:

—¡Es tan desgraciado! ¡Su mujer no sirve para esposa suya! ¡No le comprende! ¡No se aman! ¡Ah!... ¡Es terrible!

De forma que el rejuvenecimiento del corazón de Olivier al contacto de un amor joven, aquel renuevo sentimental con el que tanto había contado Ely, no era más que una ilusión. Aquel hombre era desgraciado hasta por aquel matrimonio, en el que ella había querido ver una razón de olvido, un desvanecimiento de todo su común pasado. Esta revelación le pareció tan grave para el porvenir de su propia dicha, que quiso saber más, y preguntó extensamente á Pedro en un ángulo del saloncillo. Estaban al pie de la escalera interior que llevaba á su cuarto. Este

salón, atravesado por ellos en momentos peligrosos, á obscuras, con las manos juntas—por uno de esos contrastes que avivan en los amantes la ardiente dulzura de su complicidad—; aquel salón testigo de sus secretas citas, estaba entonces lleno de luz y de movimiento, y la multitud que en él se oprimía producía, como en todas las fiestas de la Rivière, la sensación de una aristocracia mundana, si vale la frase. Servía de paso entre el invernadero iluminado por completo, y las habitaciones del piso bajo, adornado de arbustos y de flores, y lleno de invitados. Las más hermosas mujeres de las colonias inglesa y americana se encontraban allí, luciendo un lujo extravagante en alhajas, hablando y riendo alto, con los esplendores de la carnación propia de su raza, y mezcladas con las italianas, las rusas, las austriacas, todas parecidas al primer golpe de vista, diferentes después de ser examinadas con alguna atención. La elegancia fastuosa de los tocados de fuertes colores, pregonaban el exceso del lujo extranjero. Entre estas mujeres veíanse fracs negros llevados por príncipes auténticos y hombres á la moda, los principales de aquella villa de invierno. Todas las variedades de la especie estaban representadas: el *sportsman* de más fama por su destreza en el tiro de pichón, se codeaba con un explorador llegado á Provenza para descansar de cinco años pasados en las tinieblas de Africa, y ambos hablaban con un escritor parisiense de gran talento, un Hércules normando, de boca sonriente y ojos brillantes, que algunos inviernos después, y en aquella misma villa había de asistir á una muerte peor que la muerte: al irreparable nau-

fragio de su magnífica inteligencia. Aquella noche, un viento de alegría parecía soplar en aquellos salones, alumbrados por innumerables lámparas eléctricas y henchidos por el cálido aliento del principio de la primavera. Pasados algunos días, aquella sociedad se dispersaría por los cuatro rincones del antiguo y nuevo continente. ¿Debía su animación aquella fiesta al sentimiento de una estación casi terminada, á un próximo adiós de despedida? Lo cierto es que hasta el dueño de la casa, el archiduque Henri-François, parecía contagiado por la común jovialidad. Era aquélla su primera aparición en el salón de su mujer desde el día en que había ido allí á buscar á Verdier para llevársele casi á la fuerza á su laboratorio. Los que habían asistido á la escena y asistían ahora á la reunión de aquella noche, la señora de Chesy, la de Bonnacorsi, la de Brión, llegada de Monte-Carlo por dos días, Hautefeuille, debían estar asombrados del cambio. El tirano estaba en uno de esos momentos de extrema gracia y buen humor, en los que era imposible librarse de su influencia. Iba de grupo en grupo, teniendo una frase amable para todos. En su calidad de sobrino del Emperador y casi rey, tenía ese don especial de una memoria infalible para las fisonomías, lo que le permitía llamar por su nombre á las personas que sólo le habían sido presentadas una vez; tenía además otro don que hacía de él un hombre superior: el de hablar á cada uno de sus aficiones ó especialidad. A un general ruso, célebre por haber construido la más atrevida de las vías férreas en pleno desierto, le hablaba de los terraplenes transcalpianos, luciendo conocimientos de

ingeniero é hidrógrafo. Al escritor parisiense le acababa de recitar una estrofa de su primer libro, unos versos poco conocidos. Con un diplomático de los Estados Unidos discutía cuestiones de arancel, yendo en seguida á recomendar al tirador de pichón el último modelo de fusil, y á hablar con la señora de Bonnacorsi de sus parientes de Venecia, como un archivero de la biblioteca de San Marcos; con la señora de Chesy, sobre sus tocados, como un asiduo concurrente á la Opera, dirigiendo al paso una frase amable á la señora de Brión sobre la Casa y Rodier su papel en un importante empréstito austriaco. Esta prodigiosa ductilidad de inteligencia, ayudada por la más técnica de las memorias, hacía verdadera-mente seductor. Así llegó, en medio del encanto general, hasta el último salón, donde vió á su mujer conversando con Hautefeuille. Como si el sorprender á Ely en conferencia con el joven fuese para él otro placer, sus pupilas azules brillaron más aún, y avanzando á ellos, que se callaron al verle, dijo á la Baronesa en tono natural, aunque esta naturalidad ocultaba la ironía de sus palabras:

—No he visto á la señorita Marsh esta noche... ¿Es que no está aquí?

—Me ha prometido venir—respondió Ely—. Sin duda está enferma.

—¿No la has visto hoy?—preguntó el Príncipe.

—Sí, esta mañana. ¿Querrá decirme Vuestra Alteza la razón de estas preguntas?

—Sencillamente porque me intereso muy particularmente por todas las personas por las que tú te interesas.

Al pronunciar estas palabras con una insolencia burlona, los ojos del terrible hombre posaron en Hautefeuille una mirada tan salvaje, que el último sintió una conmoción casi magnética. Fué un momento, y ya el Príncipe estaba en otro grupo, hablando esta vez de caballos y del último Derby, con el anglomano Navajero, y sin ocuparse de los dos amantes que se separaron después de algunos instantes de un silencio pesado.

—Es preciso—dijo Ely—que hable á Adriana. Conozco demasiado al Príncipe para no comprender que su buen humor oculta alguna cruel venganza. Ha debido hallar el medio de indisponer á Florencia con Verdier... Vamos al momento. Y tú no te entristezcas por las miserias del matrimonio de tu amigo. Te juro que las hay mayores.

Mientras decía esto, agitaba un gran abanico de plumas blancas. El perfume que ella prefería, aquel perfume asociado por el joven á sus más voluptuosas emociones, flotaba en torno de las suaves plumas. Ely inclinó dulcemente la cabeza en señal de despedida, y entornó sus ojos con esa tierna finura de complicitad que da una especie de beso al corazón del amante. Pero en aquel instante Pedro no era capaz de sentir aquella dulzura. Acababa de sufrir de nuevo, con la presencia del Archiduque, ese disgusto que es una de las más terribles pruebas del adulterio: ver á la que se ama maltratada por un hombre que tiene el derecho de maltratarla, puesto que es su marido, y no poder defenderla. Mirábala ahora alejarse con su paso de reina, tan bella, tan elegante, y de continente tan altivo con su traje rosa adornado de plata. No-

taba en su admirable rostro, que veía de perfil mientras Ely atravesaba el salón, una huella de melancolía profunda, y una vez más la compadecía de todo corazón por los infortunios de su matrimonio. No sospechaba que la ironía del Archiduque sólo indiferencia producía en aquel momento á la señora de Carlsberg, y que los amores de miss Marsh y Verdier no la interesaban lo bastante para que una amenaza suspendida sobre ellos la entristeciese de aquel modo. No. Lo que oprimía el corazón de la joven con un peso horrible, era esta idea: «Olivier no es feliz en su matrimonio. La dulzura que el amor hubiera dado á su corazón si amara á su mujer, no existe en él. Es el mismo de siempre. Y me odia como siempre. Le ha bastado saber que Pedro iba á pasar la velada aquí, y ya quería impedirle que viniera.» Y obstinándose en la esperanza, se repetía: «Pues bien, cuando lo sepa todo comprenderá que soy sincera, que no he hecho ni haré sufrir á su amigo.»

De esta segunda ilusión íbala á despertar el mismo Pedro. Tres días habían pasado desde el sarao, y durante ellos el joven no había vuelto á ver á su querida. Por crueles que estas separaciones le fueran, Ely las había juzgado muy convenientes durante la estancia de Du Prat. Más tarde se indemnizaría de ellas, pues contaba pasar con Hautefeuille en Cannes los meses de Abril y Mayo, tan dulces, tan floridos, tan solitarios en aquella costa, y entre los jardines. El proyecto de un viaje á Italia, donde se volverían á encontrar en Génova, la animaba también, y la perspectiva de una dicha cierta, si escapaba al peligro

actual, la daba fuerzas para soportar lo insoportable: aquella ausencia con todas las facilidades de la presencia. ¡Amarse tanto, estar tan cerca y no verse! Este creía Ely que era el único medio para impedir que la sospecha naciese en Olivier. Después de estos tres días de nostalgia, acabó por dar cita á Pedro para la tarde y en el jardín de la quinta Elle-Rok, que á ambos le recordaba una hora feliz. En tanto que su carruaje la llevaba hacia el cabo de Antibes, miraba sobre lo alto de los muros temblar las hojas de los rosales, que caían en pesadas ramas, en vez de erguirse, y que proyectaban una sombra espesa. Grupos enormes de rosas abiertas veíanse por doquiera. Al pie de los plateados olivos, cuadros de trigo joven coloreaban la tierra removida de los campos. Eran éstos signos evidentes de que en aquellas tres semanas el año había pasado del invierno á la primavera, y la joven experimentaba un ligero estremecimiento de tristeza, como si sintiera transcurrir el tiempo, y con él su dicha. A pesar del cielo de un azul tibio y acariciador, del mar azulado, de los perfumes esparcidos por el ambiente, del hechizo de las flores, Ely, al cruzar los paseos, siempre bordeados de cinerarias, de anémonas y de pensamientos, no llevaba en el alma la alegría que en la otra cita. Vió la silueta de Hautefeuille, que la esperaba bajo el gran pino parasol, junto al que habían descansado, y advirtió en seguida que tampoco él era el amante de otras veces, entusiasmado por una alegría completa, extática y libre de preocupaciones. Parecía que una sombra flotaba sobre sus ojos y sobre su espíritu. No significaba esto que el joven estuviera disgustado con

Ely, no: era tan dulce, tan confiado como siempre. El otro no había revelado nada del terrible secreto. Sin embargo, si Pedro estaba tan emocionado, era á causa de Olivier. Lo confesó en seguida, y sin que Ely le preguntase nada la dijo:

—No sé qué es lo que puede haber entre nosotros; pero tengo la seguridad que ciertas cosas mías le irritan, le incomodan, le disgustan. Son nonadas que ni hubiera advertido antes: por ejemplo, mi amistad con Corancey. ¿Crearás que me ha reprochado ayer que haya sido testigo de la ceremonia de Génova? Y todo por haber encontrado ayer de nuevo en el tren á Mario y á su mujer en la estación de Golfo-Juan. «Tenemos allí nuestro nido», me ha dicho Corancey; añadiendo, es su frase, que «la bomba iba á estallar». Ahora es nuestra amiga Adriana la que quiere hablar á su hermano. Cuento esta historia á Olivier con el propósito de distraerle, y él se indigna, llegando hasta á pronunciar la palabra *chantage* á propósito de Navajero, de ese explotador abominable. Yo le replico; él me replica. No puedes imaginar en qué términos me ha hablado de mí mismo, del peligro que corría frecuentando esta sociedad, de la inquietud que le producía mi cambio de gustos y de ideas. En otra época, aunque Cannes estuviera habitado por estafadores que quisieran afiliarme á su bando, Olivier no me hubiera regañado. Es inexplicable; pero el verme dichoso le causa pena, le mortifica. ¿Comprendes esta locura? ¡Un amigo al que tanto quiero y que me quiere tanto!

—No hay que acusarle. El sufrimiento nos hace

injustos, y él sufre en su matrimonio. ¡Es tan duro que falte la dicha en éste!

Había hablado Ely en esta forma por una natural generosidad. Aquel alma apasionada, violenta pero altiva, hubiera creído indigno emplearse en ese secreto trabajo de envenenamiento que las esposas ó las queridas ejecutan, con tan criminal y segura ciencia, contra las amistades de su marido ó amante, cuando estas amistades las disgustan. Pero se había dicho: «Olivier ha adivinado que Pedro ama á una mujer... ¿Sospechará que esta mujer soy yo?»

No era dudosa la respuesta. Ely había notado en Roma la perspicacia casi infalible de Olivier para descubrir los secretos de las intrigas de amor anudadas en torno de ellos. Aunque, á pesar de todo, continuara confiando en su honor de hombre galante, esperaba, con una angustia cada vez más dolorosa, el instante en que adquiriese la prueba de que él *lo sabía*. Como se ve, aquellos dos seres llegaban á acercarse al través de Hautefeuille, á penetrarse, á medirse antes que el inevitable choque les precipitase el uno contra el otro. El mismo Pedro trajo á su querida la prueba de la que ella ansiaba, y á la que temía tanto. Aquella noche, precisamente la séptima desde la llegada de Olivier, Ely esperaba á Pedro á las once y media tras la puerta del invernadero. Le había visto durante el día los momentos precisos para darle la cita nocturna, cuya aproximación la producía una dulcísima fiebre. La tarde había sido pesada, tormentosa, y ahora las espesas nubes que cubrían el cielo no dejaban filtrar ningún rayo de luna, ningún reflejo de las estrellas. De vez en cuando bri-

llaba un relámpago, iluminando todo el jardín bajo los ojos de la joven, que sacaba la cabeza para espiar la llegada de su amante. Los paseos blancos, bordeados de azuladas pitas; los céspedes llenos de macizos de flores, las cañas verdes de los bambúes, un grupo de pinos parasoles de tronco rojizo y follaje obscuro, aparecían en un resplandor súbito de luz, y la sombra espesábase en seguida, más negra, más impenetrable. Ely se sentía ansiosa, trémula... ¿Era el enervamiento de la próxima tempestad, pues se había levantado un gran viento cálido anunciándola? ¿Era el temor de exponer á su amante á toda la violencia de la tempestad al marcharse...? Cuando al fin á la luz de un relámpago, vió á Pedro que se acercaba, su corazón palpité ansiosamente.

—¡Dios mío!—le dijo—. No has debido venir en una noche como ésta... Oye...

Grandes gotas de lluvia comenzaban á caer sobre los vidrios del invernadero. Oyóse el estampido de dos truenos lejanos. Las gotas de lluvia se hicieron más numerosas, y el ruido que formaban sobre la cubierta de vidrio que protegía á los dos amantes, llegó á ser tal, que casi les impedía oír sus propias palabras.

—Nuestro buen genio nos ha protegido—dijo el joven abrazándola con pasión—puesto que he llegado á tiempo. Además, hubiera venido entre esta tempestad sin sentirla. ¡He sufrido tanto esta tarde! Me hacía falta verte para consolarme.

—En efecto, estás conmovido—dijo Ely.

Y palpando en la sombra su rostro con sus manos cariñosas é inquietas, añadió con voz alterada:

—Tus mejillas abrasan. Tienes lágrimas en los ojos. ¿Qué sucede?

—¡Cuánto me hubiera confortado tu presencia hace un momento! ¡Dios mío! ¡Cómo te amo! ¡Cómo te amo!—repitió con una exaltación en la que ella le veía sufrir.

Más tarde, cuando estuvieron en la soledad de su cuarto, la dijo:

—Creo que Olivier se volverá loco. En estos últimos días le he encontrado aún más extraño. Esta tarde me miraba de una manera tan particular, tan insistente, que casi me producía molestia. No le he hecho confidencia alguna, y no obstante, tenía la impresión de que leía en mí, no tu nombre, felizmente no; pero ¿cómo te diré? mi impaciencia, mi deseo, mi pasión, mi dicha, todos mis sentimientos, y que estos sentimientos le causaban horror. ¿Por qué? ¿No es esto injusto? ¿He tomado algo de nuestra amistad para dártelo? En fin, yo no me encontraba á gusto. A las diez me he despedido de su mujer y de él. Un cuarto de hora después llamaban á la puerta de mi cuarto; era Olivier. Me pregunta: «¿Quieres que vayamos á pasear? Si no ando, comprendo que dormiré mal». Le respondí: «No puedo; tengo que escribir algunas cartas». Me era preciso inventar un pretexto. Me mira de nuevo, como durante la comida, y de repente rompe á reír. No puedo darte idea de aquella risa. Tenía algo de cruel, de horrible, de insultante, de imposible de soportar. Comprendía yo que se reía de mi amor. Sentí que el furor me invadía. Le pregunto: «¿De qué te ríes?» «De un recuerdo», me responde. Su rostro había palidecido. Cesó de reír tan

bruscamente como comenzó. Vi que iba á llorar, y antes de que pudiera preguntarle nada, me había dicho: «Adiós», y salía del cuarto...

Hay en el curso natural y lógico de ciertas situaciones una necesidad tal de conflicto inevitable, que, aun los mismos á quienes ha de herir, le aceptan cuando llega, sin procurar evitarle. Así es como en la vida pública los pueblos aceptan la guerra, y en la vida privada los rivales el duelo con una pasividad fatal. Comprenden que están dentro de la órbita de acción de un poder más fuerte que la voluntad humana. Cuando Pedro abandonó á Ely aquella noche, la joven sintió cruelmente la impresión del combate inevitable, no de un combate contra un hombre solamente, sino contra el destino. Mientras su amante permaneció á su lado, los nervios la permitieron dominarse. Lejos él, Ely se dejó vencer, y sola, sin tener fuerzas para acercarse á su lecho, hundida en un sillón, comenzó á llorar mucho, sintiéndose amenazada, vencida. La última esperanza acababa de desvanecerse. Después de la escena referida por Pedro, no podía dudar que Olivier estaba al tanto de todo; y sus nerviosidades, su cólera, su risa, su desesperación, probaban de evidente manera que él no aceptaba la situación, y que la tempestad de impulsos frentéticos se desencadenaba en él. Llegado á aquel punto de exasperación y de lucidez, ¿qué iba á hacer? En primer lugar, procuraría verla. De esto tenía Ely la certeza absoluta, como si estuviese allí, riendo con aquella risa cruel que había herido el corazón de Pedro. Dentro de algunos días, de algunas horas quizás, Ely estaría en presencia de aquel enemigo mor-